

## VII. LA UNIVERSALIDAD: LA AMENAZA AL “ANTROPÓLOGO HUMANITARIO”

Víctor de Currea-Lugo\*

Lo humanitario es algo que, en principio, todos consideramos positivo; otra cosa es el debate sobre cómo y/o hasta dónde debe ir lo humanitario. Pero sobre lo universal el consenso, en estos días, va en dirección contraria: reivindicar la idea de la universalidad como tal, y más aún sin ponerle matices (matices que no se le exigen a los detractores de la universalidad), es una postura en franco descenso, políticamente incorrecta y minoritaria, tanto en la academia como en el terreno, incluso en el terreno humanitario. Ser universal en estos tiempos es ser dinosaurio.

Este texto pone en duda no sólo los matices que a veces los mismos humanitarios ponen a la universalidad de su acción sino que, de hecho, plantea los riesgos del aquí llamado “relativismo humanitario”.

### **Lo universal y su contexto**

Hablar de lo universal es una reflexión esencialmente de la modernidad: la idea de la universalidad aparece con el desarrollo del mundo moderno y, por tanto, sus relativizaciones también. Más precisamente, éstas nacen como una referencia a Europa, a Occidente, al punto que pareciera, sólo pareciera, que las cosas son universales si son occidentales o no lo son si no son occidentales. Es decir, iróni-

---

\* Investigador del IECAH.

camente podríamos decir que el debate sobre lo universal tampoco sería “universal”.

Preguntémonos si hay algo que sea universal; si no hay nada universal de poco serviría continuar el debate pues todo sería o local o relativo, o como se quiera llamar lo opuesto a lo universal. Si definiéramos universal como aquello aceptado por todos y todas, como en principio podría ser una tentadora definición, estaríamos en problemas. Si algo fuera aceptado por todas las personas entonces sería universal, pero cuesta trabajo hallar algo universal.

Según algunos antropólogos hay dos cosas que serían universales: la ceremonia fúnebre y la prohibición del incesto. Pero aunque, en general, esta tendencia se encuentra en todas las culturas, hay individuos que no cumplen tales dos reglas y, según nuestra primera definición de universalidad, no habría nada universal o deberíamos adoptar otra definición.

La modernidad, por definición, acepta sólo la existencia de una verdad; no es un problema dogmático sino el resultado inevitable de apostar por sus valores. La racionalidad y la existencia de unos derechos universales, diferencian entre una verdad y otras argumentaciones que no se dan por ciertas. La posmodernidad y el relativismo cultural, también por definición, aceptan varias verdades, no porque sean más tolerantes que los modernos sino porque se contradirían si negaran las otras mentadas realidades. Por eso, inevitablemente, un posmoderno puede hablar a favor de la homeopatía y de la penicilina sin entrar en contradicción alguna. En el caso del moderno, éste tiene que tomar partido. Al primero, la coherencia con sus ideas le da el rótulo de tolerante, al segundo de dogmático.

Pero además, con el fracaso del sueño del socialismo real y el *boom* de la nueva era, se complejiza la cosa para los dinosaurios modernos: la ciencia, que una vez fue revolucionaria, deja de serlo, y parece que sólo alimentara posiciones de derecha. Las soluciones dejan de ser terrenales y posibles, para volverse personales en el sentido de cambiar tu propio entorno sin ir más allá porque lo “micro-local” es lo posible, al punto que cuando se habla de una masacre en Sudán o un atentado en Iraq no falta quien diga que la paz empieza en casa, como si el buen comportamiento de mis vecinos pudiera evitar la masacre de mañana.

## Problemas de partida

Volviendo a Europa y a la modernidad, para el tema que nos ocupa, no sólo es relevante que lo universal sea un referente de Occidente, sino que el Derecho Internacional, y dentro de éste el Derecho Internacional Humanitario, es de origen europeo. También lo es la más antigua y conocida agencia humanitaria, la Cruz Roja. El debate sobre la ayuda humanitaria y su teorización son esencialmente europeos, como lo es la gran crítica a la modernidad, la posmodernidad, que no nació en un poblado de Sri Lanka ni en un lago de África, ni en un camino de Perú, sino en un discurso parisino. Incluso la pregunta por la universalidad de lo humanitario es una pregunta occidental.

Ahora, ¿qué tiene de malo ser europeo? Hace un par de años en un debate en la Universidad de Leiden (Holanda), una diplomática china hablaba muy mal de Occidente, sus ideas y su legado. Luego de varios minutos, ante la pregunta de la vigencia del marxismo en China, contestó positiva y orgullosamente. Pero ¿era acaso Marx de Senegal y Engels de Singapur? Alguien dijo luego que el problema no era dónde se nace sino cómo se piensa, habiendo una forma de pensar negativa, decía él, europea, y una positiva: desde la periferia del mundo, sin dar más detalles, dejando tal definición como un acto de fe. Pero Occidente no es malo por ser Occidente (no significa que todo lo occidental sea bueno, sino que no es malo por ser occidental).

Esto muestra una cosa: la tendencia predominante de huir del calificativo de europeo o de occidental, como si fuera la peste negra del pensamiento. Se nos olvida que la pólvora la hizo la milenaria China y que la salvadora penicilina es europea. Ese anti-europeísmo se refleja en el trabajo humanitario, al punto de negar muchas cosas o crear mentiras para parecer “políticamente correctos”.

Es necesario precisar que Occidente no es igual a modernidad, aunque compartan cierta historia y cierta geografía. La modernidad implica una serie de valores no necesariamente respetados por los países europeos, ni de uso exclusivo de éstos. Confundir la modernidad con Occidente beneficia a Occidente en su acepción colonialista y perjudica los principios universales. Las ideas de la modernidad son mezcladas por algunos, de manera impune, con los bombardeos en Kosovo. La democracia de Rousseau se iguala irresponsablemente a la democracia impuesta por los Estados Unidos.

Aristóteles decía que la ley no tiene que ver con la justicia sino con la injusticia: pedimos el derecho a la educación, no en Suecia donde está garantizado, sino en el Ecuador, precisamente porque no está garantizado; la crítica a las violaciones de los derechos humanos se ve como crítica a los derechos humanos, confundiendo la cosecha con la plaga que la ataca. Voltaire no es el nombre de un menú de Mc Donalds.

La modernidad y su formas no son europeas y perversas: díganle eso a los indígenas bolivianos que organizan sindicatos, a los Sin-Tierra de Brasil que pelean por el derecho a la propiedad de la tierra, a los que luchan contra el trabajo infantil en Tailandia; díganle a ellos que los sindicatos, el derecho a la propiedad y el concepto de infancia hay que rechazarlos porque son europeos. Es también el caso de búsqueda de salidas democráticas que se dan en América Latina: la Constitución en Bolivia y Colombia son claras expresiones del contrato social.

En Palestina lo que piden las víctimas no es otra cosa que derechos humanos: los argumentos contra la demolición de casas, por el debido proceso, el rechazo a la tortura y la no discriminación, son argumentos planteados desde la lógica de los derechos humanos, donde no se reduce el debate al velo musulmán para las mujeres.

En el campo humanitario, una postura moderna, por ejemplo desde la medicina, es rebatida muchas veces con un solo argumento: la defiende un médico. Es sistemático que “hay que pedir perdón por ser médico” al querer opinar sobre salud, porque la creencia popular es que cualquiera puede prescribir medicamentos, pero “los médicos no creen” en eso llamado la cultura popular, con lo cual su opinión no es válida. Ser médico coherente con el pensamiento científico, reivindicar la ciencia, pensar modernamente es ser dinosaurio; la modernidad se volvió prehistoria cuando la posmodernidad se volvió presente.

Por ejemplo, en el Sáhara un proyecto de homeopatía se justificaba diciendo que era una ciencia milenaria oriental, cuando es conocido que fue creado en Europa y hace menos de 200 años. A propósito, ¿por qué no se le acusa a la homeopatía de ser occidental? Gracias al triunfo discursivo, un proyecto de varios miles de euros, financiado por la cooperación italiana fue posible; el proyecto en cuestión consistía en curar camellos y cabras con homeopatía, lo

que llegó a incluir la presentación en unas jornadas médico-científicas del tratamiento de la depresión posparto de una gata como un triunfo de lo no-occidental.

### **¿Estamos ante un enfermo?**

Si no hay enfermo, es inútil discutir el tratamiento. Si estamos o no ante un enfermo fue la pregunta de Hipócrates. Si no hay enfermo todo cura, incluso todo lo mágico-local; entonces esta cura sin enfermo se presenta como prueba del “fracaso” de lo universal, lo moderno y del pensamiento científico. Esto es muy frecuente en lo humanitario, al enfrentar las concepciones y las prácticas locales de salud.

El “antropólogo humanitario” es un personaje dedicado a la búsqueda meticulosa de la expresión cultural y/o local (para el caso es lo mismo) que niega sistemáticamente cualquier discurso universal “porque la cultura...”. Su paranoia triunfa porque siempre hay una apuesta cultural local contraria a la implantación de una lectura universal, de la misma manera que siempre habrá un paciente al cual el medicamento no le funciona, lo que permite entonces negar toda evidencia de los beneficios de la penicilina basados en un solo caso.

Algunos reducen los derechos humanos al debatido artículo de la Declaración Universal que habla de vacaciones pagadas como un derecho humano y su imposibilidad de ser aplicado en las planicies de África. Pero ese error, nacido de la condición humana (no divina) responsable de la redacción de la Declaración, ¿es argumento suficiente para negar el resto del cuerpo jurídico que, hoy por hoy, son los derechos humanos? Creo que no.

¿Qué se reivindica en contra de lo universal? Primero, se argumenta que lo universal es dogmático, homogeneizante, negador de la diferencia, inflexible. Por tanto, se cree, erróneamente, que la participación de la comunidad en la acción humanitaria, la democratización de la información, el *accountability* (rendición de cuentas), la adaptabilidad y flexibilidad de las operaciones humanitarias, son el núcleo de la crítica a la universalidad de lo humanitario; al contrario: una acción humanitaria basada en derechos universales obligatoriamente debe incluir tales puntos. Es precisamente para la implementación de tales principios universales que fueron creados tales mecanismos.

Lo que sí es innegable, el enfermo real si se quiere, es la tensión entre una forma de hacer lo humanitario y una percepción local contraria y contrariada. Pero esa tensión no tiene que ver con lo universal avasallador sino, precisamente, con la ausencia de una visión universal de solidaridad entre iguales, con la ausencia de diálogo democrático, con la ausencia de los derechos humanos en la acción humanitaria. Ese diálogo debería llenar al menos tres requisitos: ser un proceso y no un momento de la acción humanitaria; dos, ser transparente, lo que implica acceso a la información relevante por parte de los beneficiarios; y, tres, influir de manera directa en la toma de decisiones.

### **Lo universal: definición y abandono**

Ante el fracaso de la definición de que lo universal es lo aceptado por todos, presentamos una alternativa. Universal sería, uno, aquello que tiene en su naturaleza la capacidad de ser un discurso o una propuesta para todos en todo contexto y, dos, que tiene en su formulación, desarrollo y/o implementación la vocación de ser universal. Por ejemplo, el judaísmo no es una religión universal en el sentido de que, en principio, son judíos los hijos de madres judías; un pueblo elegido implica la existencia de “no-elegidos” lo que es contrario a la idea de igualdad. La intención judía, su proclamación discursiva y su tendencia no son universales.

No es universal el francés, no sólo porque sea parte de la cultura, sino porque su implementación no lo es; pero podría serlo, como lo es la intención del inglés. El catolicismo, como el islamismo, son religiones universales, en cuanto a su naturaleza y en cuanto a su intención.

Basta pues la tendencia de universalidad para hablar de que algo es universal, pues si no nada lo sería, porque nada se realiza universalmente al 100%. No es pues la realización, sino la conjugación entre la naturaleza y la intención del asunto en cuestión, lo que define su universalidad. Ahora, eso no implica que se acepte ese algo en cuestión de manera universal. Una cosa es decir “es universal”, otra es decir “se acepta universalmente”.

Pero una vez se ganó en tal universalidad vino, paradójicamente, su quiebra: cayó el socialismo realmente existente, avanzó el neoli-

beralismo, las izquierdas huyeron en estampida a tres nichos (el feminismo, el medio ambiente y los derechos humanos), el pensamiento científico se desprestigió, lo local se convirtió en el nuevo tótem a ser adorado; la posmodernidad y la Nueva Era llegaron en el momento preciso y lo universal perdió la batalla.

El pensamiento científico dejó de ser visto como un elemento transformador, y empezó a ser visto como un demonio, culpable del avance fascista según los posmodernos, responsable de todas las enfermedades y jamás de sus curas según la Nueva Era. Y apareció un discurso políticamente correcto también en el mundo de las ONG: el relativismo humanitario.

Y el mundo solidario de las ONG, donde confluyen los que otrora querían cambiar el mundo, los ecologistas, los trabajadores de derechos humanos, los humanitarios y las feministas, es un mundo golpeado por el fracaso del sueño socialista y, entonces, salpicado del rechazo al pensamiento científico y que abre las puertas a las salidas metafísicas, espacio dentro del cual lo correcto es casi obligatorio hablar mal de Occidente y rechazar todo lo que se llame Europa, sin distinguir el grano de la paja.

## **El relativismo humanitario**

El antropólogo humanitario cree que todo vale y para todo, así que existen varias verdades y por tanto, en lo humanitario, varios fines y métodos de hacer lo humanitario, todos igualmente válidos. Y, cree además, que a la hora de elegir hay una realidad que esa sí no es relativa: lo local como visión del mundo (dogma éste que además constituye una contradicción con el relativismo).

Hay relativistas que incluso llegan a plantear que lo mejor que podemos hacer es no intervenir. Ver las hambrunas y las masacres y no tomar partido a favor de las víctimas porque, más o menos, son dinámicas locales que deben ser respetadas como parte del proceso autóctono de construcción de su propia identidad y de otras cosas similares. Alguna vez discutiendo con indigenistas sobre el poliparasitismo en las selvas amazónicas, ellos argumentaban que no se puede considerar que el poliparasitismo sea una enfermedad en la selva porque los indígenas la entienden como una integración con la naturaleza.

La verdad, poco importa que los egipcios creyeran que la maldición de las pirámides fuera cierta. Objetivamente la gente se enfermaba en las pirámides por un hongo nacido en los excrementos de los murciélagos y bastó limpiar para acabar la maldición. Poco importa que los creyentes consideren las aguas del río Ganges como dignas de ceremonias de sanación a pesar de estar llenas de bacterias; la verdad objetiva que importa es que el poliparasitismo disminuye el estado nutricional de los indígenas del Amazonas, los hongos dan neumonía y los gérmenes del río Ganges no sanan a pesar de la buena intención de las ceremonias.

Es cierto que los médicos manejan un discurso autoritario y que las farmacéuticas son un negocio (su meta no es hacer medicamentos sino hacer dinero), pero eso no es suficiente razón para rechazar los antibióticos y abrazar las esencias florales, como si el mercado de la Nueva Era fuera barato y honesto. Muchos médicos se revalidan en el mercado de la salud simplemente agregando la palabra “bioenergético” u otra similar a su título.

Esa es una realidad en el mundo humanitario que expresa claramente la tensión entre lo universal y lo local. A veces esta tensión es irreconciliable y, cuando lo es, lo humanitario tiene necesariamente que escoger. Hay decisiones que son benéficas desde lo local, hay decisiones inocuas y hay decisiones dañinas. Las benéficas hay que usarlas como un instrumento más de la acción humanitaria (por ejemplo, la acupuntura para el manejo del dolor crónico y poco más).

En Bolivia hay un claro ejemplo de lo que es algo inocuo: la gente prefiere enterrar la placenta en el monte por razones culturales. Eso no hace daño a nadie, así que no tiene sentido negar algo inocuo para la salud pero que es importante para los habitantes locales, quienes buscan realizar su libertad universal (el qué) por medio de expresiones locales (el cómo) sin lesionar precisamente el valor universal reivindicado.

En el Sáhara Occidental, por ejemplo, se trata de convencer a la gente de que las “101 plantas del desierto” son más curativas, o por lo menos igual de curativas, que la medicina occidental, cuando lo que hay detrás es la negación del acceso de los saharauis al desarrollo de la ciencia y la tecnología porque, definitivamente, no es mejor ante una neumonía las “101 plantas” que la penicilina. Aquí hay que tomar partido.



No se puede manejar un complaciente doble discurso: hay que decir a los saharauis que el inhalador no es que el produce el asma, que hay que comer bien durante el embarazo y que eso no hace daño al feto.

Un trabajador humanitario que durante años ha estado vinculado a la causa saharauí siempre fue considerado uno más de ellos hasta el día en que criticó ciertas prácticas, día en que fue rechazado por ser “europeo”, esa comodidad de rotular “europeo” para negar al otro no puede ser más tomado en cuenta como un argumento válido.

Esto suena avasallador a los ojos del antropólogo humanitario, pero no lo es. Es lícito el debate sobre el “cómo” de lo humanitario, pero pongo en duda la sistemática paranoia del debate sobre el “qué” en aras de un aparente valor local que no termina de ser convincente en sus intenciones ni en sus resultados.

## **La apuesta por lo universal**

Lo humanitario no sólo puede ser universal, sino que, sin duda, tiene que ser universal para ser humanitario. O al menos pretender serlo. Hay que diferenciar la idea de lo humanitario de la práctica humanitaria. Esto no niega su conexión ni pretende colocar lo humanitario en el mundo de las ideas, sino entender que la noción universal de humanitario no encuentra su negación en los errores y horrores hechos por los humanitarios, porque éstos no hacen sólo errores; hacen muchas otras cosas también que hacen a la gente un poco menos infeliz.

Crucificar a las ONG y a los humanitarios es más fácil que defenderlos, por lo mismo que existen estadísticas de los muertos por crímenes de guerra, pero no de los que no murieron porque los humanitarios estuvieron allí o el Derecho fue aplicado. Nadie cuenta las no-víctimas.

El principio humanitario es de naturaleza universal porque su intención de protección a las víctimas es universal, su proclamación discursiva en el Derecho Humanitario y en los códigos de las agencias humanitarias, y su intención plasmada en el quehacer cotidiano (no exento de dudas), son universales.

Todo prisionero de guerra es prisionero de guerra y no hay espacio para justificar Guantánamo. Todo civil es civil y no hay espacio para justificar Sabra y Chatila. Todo herido de guerra merece aten-

ción y poco importa si es un paramilitar colombiano, un soldado israelí o un musulmán radical.

La práctica busca cada vez más serlo; este debate sobre universalidad es parte de eso; los intentos por mejorar la calidad de la acción humanitaria también lo son; los avances éticos y autocríticos, los avances jurídicos (como la Corte Penal Internacional), son parte de esa pretensión de confirmar tal universalidad.

Como creemos en lo humanitario, nos oponemos a llamar a cualquier cosa humanitario. Sólo dos ejemplos: hay uno de los premios Oscar llamado humanitario que se otorga, por ejemplo, a los que han salvado películas viejas de la destrucción, lo que es loable pero no humanitario; otro es el sueldo dado por el Gobierno colombiano a los paramilitares desmovilizados: lo llaman ayuda humanitaria, cuando lo humanitario es algo que se da a las víctimas, no a los victimarios. En el mismo sentido, la defensa de lo humanitario pasa por la defensa de su universalidad.

Porque creemos en lo universal, no aceptamos la idea de “civil inocente”, porque ser civil es una categoría jurídica y no moral; no aceptamos el abuso del poder humanitario ni su impunidad; no apoyamos la corrupción de algunas ONG; no aceptamos un mercado humanitario donde el “derecho” a asistir (léase negocio) niega el derecho a ser asistido; no aceptamos un mundo humanitario sin participación de las comunidades en la toma de decisiones aceptando a las personas como adultas.

Como creemos en lo universal, no aceptamos la relativización jurídica de George W. Bush en “combatientes ilegales” creada por el relativismo jurídico para justificar Guantánamo; ni el relativismo cultural que trata en vano de justificar la mutilación genital femenina; ni la distinción entre “víctimas buenas y víctimas malas”, ni la relativización de la libertad que hace el Frente Polisario para justificar sus medidas de control; ni los proyectos de cooperación donde los salarios de las mujeres son inferiores a los salarios de los hombres. Ese es el real enemigo: la falta de universalidad en lo humanitario.

Hay principios y nociones universales innegociables: civil, bien civil, debido proceso, presunción de inocencia, libertad de expresión, ayuda en función de la necesidad, derechos, etc. Esa universalidad tiene tres elementos: intención de serlo, proclamación y ten-

dencia. Y se busca precisamente porque no existe, si existiera no tendría sentido su búsqueda.

Lo humanitario debe ser universal, como lo es la cobertura universal en salud o el acceso universal a los medicamentos. En una aldea africana donde se distribuyeron cepillos dentales se criticaba la imposición de valores occidentales, pero el problema no es ser negro o musulmán, el problema que hay es que la gente no tiene dinero para comprar crema dental y que los métodos locales no ofrecen una mejor protección dental: el problema es ser pobre.

Porque creemos en lo humanitario como valor universal, no incluimos en lo humanitario ninguna acción degradante del ser humano, sea esta degradación contra indígenas bolivianos o contra blancos-europeos de la guerra de Yugoslavia, no porque sean indios o blancos sino porque son seres humanos.

Si lo universal es un debate de las formas en las que se implementa lo humanitario —del *cómo*—, pues discutamos las formas de una manera racional, razonable y responsable, mediante un diálogo, digamos, moderno. Pero si el debate es de fondo, de lo que subyace —del *qué*—, pues ahí debemos elegir y lo humanitario no puede elegir la negación de lo universal sin suicidarse.

El debate sobre el *cómo* se realiza lo humanitario y su obligatoria adaptabilidad (tipo de dieta alimentaria, respeto a prácticas religiosas locales, por ejemplo) no niega ni cuestiona el *qué* (derecho a la alimentación, libertad religiosa). Asimismo, el debate sobre comunidades vulnerables no busca crear pueblos “elegidos” (error de algunos indigenistas), sino brindar a ellos ese universal buscado en general para todas las personas pero que, en casos particulares, requiere un tratamiento particular (discriminación positiva). Esa discriminación positiva es parte del *cómo* humanitario, no del *qué*, porque simplemente el *qué* es universal para todas las personas.

Lo que no se puede esperar que lo humanitario, en cuanto universal, resuelva todas las deudas pendientes de la modernidad, de la misma manera que no se puede pedir a los derechos humanos que hagan las transformaciones que deben ser hechas en la lucha política y social. Lo que se le debe exigir a lo humanitario es que sea universal, tarea que no es poca ni fácil, pero que es indispensable.